
Articulaciones y desarticulaciones de las feministas hoy

Alejandra Valdés

Me gustaría poder leer las nuevas coordenadas de este viejo mapa que recorreremos y poder decir con precisión cuál es el camino que lleva a la plaza a cada una de nosotras.

Pareciera que de un aparente desconcierto hubo un reacomodo; la transición nos llenó de rutinas y empezaron a sobresalir cuestionamientos de cómo hacer la política o cómo podríamos hacerlo en el caso de acceder a mayores ámbitos de poder. Porque si no me equivoco, nuestra construcción de discurso y acción tenía una directa relación con nuestra búsqueda del poder. Era ser más en las decisiones públicas, poder cambiar las condiciones de vida de las mujeres, poder cambiar las nuestras. Pero, a medida que nuestros cuerpos avanzaron y miraron desde la otra vereda ese espacio público, el anhelado, nos pareció que se hubiera desplazado y aparentemente está en otra parte. Yo creo que sigue ahí mismo donde ha estado siempre y que con y sin espejismos ha generado “¿para nosotras?” un campo ambiguo.

Esta impresión permanente de que no se puede manejar nada, hace avanzar un malestar que me hace olvidar “casi siempre” que la democracia es un proceso histórico y que en la historia, al igual que otros sujetos, las mujeres debemos actualizarla bajo nuevas circunstancias. En el período marcado por los ochenta, bajo el peso dictatorial, fue la tentación la inmanencia histórica, pero seamos realistas, fue un período histórico más, historia que fue importante y nos dejó lecciones, ¡muchas! Pero también nos dejó deudas que pareciera que olvidamos. Y en esto me refiero concretamente a la ausencia del feminismo en nuestro país frente a los asuntos de derechos humanos.

En este sentido creo que es necesario revisar en conjunto algunas transformaciones en marcha. Las dos grandes tendencias de

globalización y desintegración social y, por otro lado, la nueva relación entre mercado y estado.

La primera —de más está decirlo—, ha llenado todos los rincones ya no de polvo, sino de relatividad y segmentación. Y aquello que llamábamos diferencia hoy deja lugar a la fragmentación. Esto afecta nuestras formas de hacer política, porque nos ha cambiado de manera radical el escenario que atisbábamos para ejercer ciudadanías y poderes a inicios de la década. Me basta recordar las propuestas en Valparaíso,¹ que no mostraban cansancio, sino “ganas”. Ganas de hacer, de estar incorporadas, de disentir, crear polémica, en suma, de poder.

El gran avance de la sociedad de mercado y la reorganización del estado cuestiona “la política” como formadora de espacio social y la autorregula a través de las leyes del mercado, la producción y consumo de bienes; la manutención de espacios laborales y ventas de servicios. Aquí tenemos que ser capaces de analizar cuáles son las capacidades en “el feminismo” para mantener una dinámica social propositiva hacia las mujeres, hacia las dinámicas sociales, para conmovir ciudadanías e impedir que el estado siga siendo quien totaliza la convivencia y no permite que los distintos sujetos sociales se reconozcan a sí mismos como tales.

Este marco debería permitirnos modificar nuestra manera de ver la política. Si bien podríamos cerrar los ojos a lo que pasa afuera y centrarnos hacia adentro generando un microcosmos con contradicciones aparentemente conocidas donde la crisis moral puede transformarse en nuestro punto de discusión, lo que creo no nos llevaría a una discusión ética, sino a explosiones de irracionalidad.

Sigo creyendo que “el derecho al mal”, a obtener aquello que no nos es permitido es parte de la construcción común, porque el lugar del mal sigue siendo la política y si mal no recuerdo, es aún en mi comprensión, la opción o elección de vida en común. Y no creo que podamos salvar la moral de nadie negando el mal. Y más me preocupa que las frustraciones a las que nos puede llevar el no acceder a la toma de decisiones en el ámbito público conduzca a regocijarse en el resentimiento.

¹ Ciudad en que se realiza el I Encuentro Nacional Feminista de la década de los '90.

Sigo en mi viejo mapa, pero me gustaría saber dónde está cada una, dónde esta su “ubi” —al decir de Cèlia Amorós—, más allá de nuevas instituciones y poder establecer prioridades, fijar límites, objetivos y estrategias. Pero parece que todo ha cambiado de lugar... Y algunas señalan lo que es “políticamente correcto”. Frente a eso hago barricada al otro lado e insisto en seguirme preguntando, cada vez que el discurso correcto insiste, con sus juicios bien intencionados, censurando las comunicaciones entre nosotras.

Claro que a veces tanta información me ahoga y la información la quiero concisa, clara y transparente y allí me hundo en lo posible, lo evaluable y en el objetivo de corto plazo, que es a veces el precio de la legitimidad.

Ahora bien, creo necesario proponer algunas rutas a seguir:

En primer lugar, todas sabemos cómo la globalización define a los y las actores, las prioridades temáticas, y los marcos institucionales de la política. Se genera estabilidad en unos ámbitos y en el ámbito de la ciudadanía el horizonte deviene impreciso. Creo que es necesario jerarquizar y priorizar lo local, lo nacional, lo regional y lo mundial. Y no pretender que todas estemos en la globalidad del globo.

En segundo lugar, la transnacionalización del feminismo introduce un cambio en las distancias, fragmenta identidades y conforma elites distantes, algunas veces desvinculadas de los intereses de las mujeres reproduciendo antiguas formas de clientelismo.

En tercer lugar, la diferenciación en nuestros ámbitos parece conformar estancos, se desdibuja el espacio común, aparentemente no existen los límites, pero son más fuertes que nunca. Todo se hace leve y poroso, y parece que la convivencia definida entre nosotras ya no comparte un espacio común. El moverse en múltiples espacios deviene amenazador, porque no están muy claras las mediaciones y para todas, el que exista una “única” diferencia explícita, clara y “que nos desafía”, nos convoca y cohesiona, me refiero a las otras, las que supuestamente no quieren negociar. Lo importante es que esta cohesión, que es respuesta, permita vislumbrar la diferencia y no se transforme como otros momentos en acciones volátiles, que dejan aprendizajes.

En cuarto lugar, la pérdida relativa de autonomía nos muestra las formas en que se ha trasladado la lógica expansiva del mercado

entre nosotras, provocando efectos ambiguos. Promueve coordinaciones con instancias gubernamentales, agiliza la gestión y mejora la calidad profesional del trabajo político. Nos hace individualmente autónomas, pero no convierte nuestra acción política en autónoma.

Entre nosotras la comunicación a veces parece un intercambio de bienes y favores interinstitucionales que nos asimila al juego, entre empresarios, de mejorar rentabilidades.

La incertidumbre sobre la existencia o no de un cuerpo social —la vieja discusión, que no es casual sobre la existencia o no del movimiento— nos lleva a crisis de liderazgos, de conducción política y de proyectos donde realmente estén presentes las propuestas y puedan todas las feministas tener acceso, reconocerse e identificarse. La pérdida de liderazgos —como capacidad de divulgar la anticipación, de reconocer en otra una intérprete en quien delegar—, nos debilita, y, una vez más, nos vuelve a relaciones mercantiles, que se traducen en mercados de trabajo, donde la tensión entre política y economía se regula.

La reestructuración en el feminismo es un proceso hoy presente, no confundo el malestar, la pérdida de ganas, la confusión, con falta de conciencia o voluntad política.

Creo que en la acción política es necesario hoy volver al análisis del poder vinculado al cuerpo, con un discurso que articule sentidos, significados, refleje los lugares reales en que nos movemos, y que diferencie espacios en donde se genera la política común y en donde se desentrañan los mecanismos ideológicos que sustentan las desigualdades de género. Hay lugares en que el estudio del género es lo primario, en éste debiera ser más allá de ello el estudio del poder y las relaciones de género como lo propusimos hace años.

Debemos ser capaces de levantar una agenda, y jerarquizar los asuntos que nos son comunes, para tener una estrategia en el tiempo que no se reduzca sólo a la fabricación de exposiciones teóricas. Ello implica volver a la creatividad de formas de incidir con voces propias, nombrando y hablando, usando lenguajes distintos a los legitimados.

Desearía a veces no quedar atrapada en lo inmediato, en la coyuntura, “el tiempo es cada vez más rápido y nos roba las imágenes del futuro”, elegimos muchas veces el mal menor.

El anhelo del mundo mejor llama en estos tiempos —como en otros— a fundamentalismos en el feminismo. Me parece necesario

dibujar la perspectiva de futuro, con las modestias del caso, asumiendo las contradicciones a que nos lleve la política de lo posible en conjunción con las utopías.

Demasiadas veces olvidamos sentimientos y emociones, fortalecemos autoritarismos, nos olvidamos de los deseos y temores para ser racionales. Si aún creemos en nuestras viejas consignas, aún podemos incorporar las emociones.

Estoy aquí porque creo que aún puedo y podemos preguntarnos y que aún podemos viajar juntas hacia nuevas y viejas plazas.

Santiago, 6 de julio de 1996.